



Anales del Instituto de Arte Americano
e Investigaciones Estéticas "Mario J. Buschiazzo"

■ EL BAJO BELGRANO COMO BORDE URBANO: UNA HISTORIA DE RELLENOS Y BASURALES

Daniel Schávelzon

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO:

Schávelzon, D. (2017). El Bajo Belgrano como borde urbano: una historia de rellenos y basurales. *Anales del IAA*, 47(1), 83-98. Consultado el (dd/mm/aaaa) en <http://www.iaa.fadu.uba.ar/ojs/index.php/anales/article/view/232/393>

ANALES es una revista periódica arbitrada que surgió en el año 1948 dentro del IAA. Publica trabajos originales referidos a la historia de disciplinas como el urbanismo, la arquitectura y el diseño gráfico e industrial y, preferentemente, referidas a América Latina.

Contacto: iaa@fadu.uba.ar

* Esta revista usa Open Journal Systems 2.4.0.0, que es software libre de gestión y publicación de revistas desarrollado, soportado, y libremente distribuido por el Public Knowledge Project bajo Licencia Pública General GNU.

ANALES is a peer refereed periodical first appeared in 1948 in the IAA. The journal publishes original papers related to the history of disciplines such as urban planning, architecture and graphic and industrial design, preferably related to Latin America.

Contact: iaa@fadu.uba.ar

* This journal uses Open Journal Systems 2.4.0.0, which is free software for management and magazine publishing developed, supported, and freely distributed by the Public Knowledge Project under the GNU General Public License.

EL BAJO BELGRANO COMO BORDE URBANO: UNA HISTORIA DE RELLENOS Y BASURALES

THE BAJO BELGRANO AS AN URBAN EDGE: A HISTORY BETWEEN GARBAGE AND REFILLING

Daniel Schávelzon *

■ ■ ■ Belgrano fue el proyecto para un nuevo pueblo cerca de Buenos Aires durante la Confederación. Postulamos que entre sus condiciones estuvieron que diera cabida a la creciente población acomodada y que pudiera resolver el nuevo problema de la basura urbana. Cuando se suspendieron los pozos domiciliarios y se pasó a la moderna recolección sistemática, la basura, junto con el escombros, se usaron para rellenar terrenos bajos, delimitar la ciudad hacia el río y resolver casi sin costo lo que se veía surgir como problema: el crecimiento de una clase con necesidades de arquitecturas específicas (las casas del centro de Buenos Aires estaban estructuradas para tener esclavos o servidumbre) y la fuerte generación de basura por la nueva sociedad de consumo. El pueblo fue creado donde había una zona alta y otra baja contigua, una destinada a la población de altos ingresos y otra a la de bajos ingresos, que sería rellenada con lo descartado. Esa parte baja fue más tarde soslayada en las crónicas e historias locales, porque terminó generando problemas sociales, inundaciones e insalubridad.

PALABRAS CLAVE: Belgrano, rellenos urbanos, basura, descarte, periferia.

■ ■ ■ Belgrano was a town project near Buenos Aires launched during the Confederation. We claim that among its features, it was supposed to help solving the new problem of urban garbage, besides giving room to a growing well-off social class. In order to discontinue home wells and move to systematic recollection using it together with the rubble of works and demolitions to fill low ground, demarcate the city from the river and solve almost without cost what was seen to emerge as serious problems: the growth of a class with needs for specific architectures (the houses in downtown Buenos Aires were structured to have slaves), as well as the generation of waste by the new consumer society, and trying to fill the coastal zone. The town was created where there was a high zone and another adjacent low one. That lower part was later ignored in local chronicles and histories because it ended up generating social problems, floods and unhealthiness.

KEYWORDS: Belgrano, urban landfills, garbage, waste, urban periphery.

* Centro de Arqueología Urbana, Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas "Mario J. Buschiazzi", Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires (CAU-IAA-FADU-UBA). Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

Introducción

El barrio de Belgrano, fundado como pueblo en 1855, tiene una historia mítica casi única en Buenos Aires: el normal de sus pobladores y la mayor parte de la bibliografía suponen que nació y creció como un lugar de grandes residencias que le dieron un carácter socialmente exclusivo. Asimismo, se toman por verdaderas las palabras de Valentín Alsina: “En este sitio desierto se levantará una ciudad de palacios” (Córdoba, 1968, p. 14), aunque ni era un desierto ni tuvo palacios. Se asume que el barrio comenzaba en lo que hoy son las Barrancas y de ahí iba hacia el Oeste, el Alto, y se ignora la existencia del Bajo como parte del proyecto fundacional (Iñigo Carreras, 1962; Córdoba, 1968; Mayocchi, 1998). Se insiste en su poético “caserón de tejas”, sus calles arboladas y la tranquilidad en un imaginario que nunca existió, o fue para muy pocos, y requiere ser matizado.

Hubo otro Belgrano, el del bajo, cuya historia no es tan bella. Desde la bibliografía, la “parte desagradable”, el Bajo Belgrano, fue pensada como una mitad “pobre” que en realidad no formó parte del trazado original, como una desgracia. Los orígenes del Bajo son obviamente confusos por la falta de concordancia entre las fuentes escritas y las gráficas: los papeles dicen una cosa, los planos otra, y los cronistas usaron este quiebre para construir el mito. El primer decreto de creación indicó que las tierras llegaban hasta el río, lo que fue reafirmado por el decreto de 1865. El plano de fundación ocupaba el Bajo, y el censo de 1869 cita a cada poblador.

“Los lugares no olvidan”, dice la conocida frase, y por eso resulta interesante ver que el Alto y el Bajo fueron parte del mismo diseño urbano y, como veremos, fueron funcionales entre sí. El hacer una ciudad a nuevo trazada mitad arriba y mitad debajo de la barranca, opuesto a la lógica imperante, tenía su razón de ser. Se trató de un experimento urbano sobre el que se funda nuestra principal hipótesis: el Bajo serviría para el descarte de basura del Alto, problema que se agravaba en esa época y sobre el que aún no se había encontrado alternativa. Solo un par de años después, todo Buenos Aires aceptaría ese mecanismo de descarte, reemplazando los pozos domiciliarios por el oeste porteño. Planteamos que la historia del Bajo Belgrano es, entre otros hilos de la trama, la historia de la basura urbana y sus procesos de traslado, separación y depositación. Y la creación del barrio, entre otros motivos, resultó un experimento para sistematizar el descarte. La cercanía del Bajo con el Río de la Plata no parece ser casual ni tampoco lo fue el haberse transformado en un borde de la ciudad. Lo que nadie suponía aún eran los problemas que esta división iba a causar en ambas partes: inundaciones, miseria, arrabales que, si bien estaban físicamente controlados, molestaban a los habitantes del Alto.

El segundo tema que trae aparejada la idea central es la del tipo de ocupación de la zona. Por algo un lote en el Alto Belgrano debía ser ocupado por una construcción pagada y de material; los que iban al Bajo tenían lotes menores, eran gratuitos y sin control alguno. Enrique García Velloso escribió en 1904 sobre los habitantes de La Quema, el basural del oeste, similar al del Bajo Belgrano:

La gran urbe de los salones y de los teatros, de los clubes y los hipódromos, de los parques luminosos, las calles asfaltadas, de las escuelas y de las cárceles, sabe de estas escorias por la crónica del delito (...). Pensad que todos somos culpables de estas vidas atormentadas por la pasión bastarda” (García Velloso, 1985, Acto I).

¿Belgrano también entraba en esa “pasión bastarda”? Ricardo Tarnassi recordaba: “Así era el Bajo en esos tiempos pasados: triste, desolado, ardiente, pantanoso, inundado” (1926, p. 62). El conocido miembro del Partido Socialista Roberto F. Giusti decía de Belgrano:

Hasta ayer a sus espaldas había una zona despoblada y salvaje (...) donde todavía encontraba refugio el vagabundo y escondite el criminal. Allí el hombre primitivo, el de la selva, el de la caza y de la pesca, hurraño, solitario, se tocaba con el civilizado, urbano, sociable, que trabajaba. (...) La triste barriada se redime de su hurraña miseria (Giusti, 1965, p. 97).

Y eran palabras duras para decir las desde una izquierda militante. Belgrano era concebida como dos partes, actuaba como dos elementos separados por la barranca y la vía-estación del tren. Para el imaginario colectivo, Belgrano (llamado así, a secas) fue el sector elegante, el Alto, porque ellos mismos, sus vecinos, escribieron la historia local. El Bajo solo apareció en referencias tangenciales y se constituyó como un serio bache historiográfico (Allende, 1958; Córdoba, 1968; Mayocchi, 1998; Carrera, 1962; Del Pino, 1971; Conforti, 1930). Valga de ejemplo que durante el gobierno de Perón se hizo allí un parque temático, la primera Ciudad Infantil Evita (tras su fracaso fue trasladado a Gonnet, y el predio se destinó al Instituto de Rehabilitación), y parte del barrio fue encerrada por una pared para que no se viera la villa miseria construida sobre rellenos de basura inundables (Figura 1).

La pampa artificial y el Bajo Belgrano

Gran parte de Buenos Aires y casi todos sus límites están sobre un subsuelo formado por rellenos hechos con el descarte que hizo la sociedad en su vida cotidiana, desde comidas hasta demoliciones. El cincuenta por ciento de la ciudad fue construido sobre diferentes grosores de desperdicios, de hasta varios metros (Schávelzon, 2000). Entender Buenos Aires es comprender el proceso de manejo de ese descomunal conjunto de excedentes que se niveló y logró concretar el imaginario sarmientino/pampeano de una ciudad “plana”. Fue la materialización de un sueño porteño, si es que eso puede existir. En realidad, era concretar una ciudad imaginaria que siempre estuvo presente en la literatura y en la legislación, llegar a tener una ciudad horizontal, construida a lo largo de un siglo y medio de nivelación artificial. Rellenar y recortar para crear una *pampa artificial* interminable, desde el virrey Vértiz en adelante, que ha fracasado una y otra vez como geografía imposible. La ciudad se sostiene sobre lo que descartaron las generaciones pasadas, vivimos sobre la producción cultural de nuestra propia historia. La ciudad demolida, lo olvidado, destruido, escondido, perdido, está debajo de nosotros o nos delimita. Aún puede verse en la Reserva Ecológica, relicto moderno de la demolición de las décadas de 1960 y 1970.

La historia del Bajo Belgrano fue la historia de una nueva forma de manejar el descarte urbano. Eso es Buenos Aires para la arqueología –para otros es lo que genera: arquitectura, temas sociales y de hábitat de quienes vivieron o viven encima del suelo. Belgrano, a su vez, fue el primer ejemplo de la creación de un pueblo-barrio escindido, por el mismo gesto político y diseño urbano: una parte para residencia de la población de recursos económicos altos y la otra para la de más bajos. Uno desecado y plano, el otro pantanoso y por nivelarse. Uno real,

mientras que el otro era potencial. La basura de uno sirvió para nivelar el espacio del otro. Esta situación prolongó los procesos de rellenos de los territorios de borde –como Palermo– que, por cierto, no se pensaban como zonas para residencias. Tal condición histórica continúa casi hasta el presente y ha quedado manifiesta en planos y fotografías, si es que la evidencia arqueológica no basta.

El inicio: una historia antrópica sobre la naturaleza

Desde lo administrativo, el pueblo fue creado en 1855 como una forma de dar cabida y hábitat a nuevos grupos de la burguesía que crecían a ritmo acelerado desde el cambio político y económico de mitad de siglo. Fue trazado por el Departamento Topográfico a cargo de Saturnino Salas en tierras que habían sido de Juan Manuel de Rosas (Figura 2). En el lugar existía una antigua calera que explotaban los franciscanos, quienes habían erigido una capilla y un cementerio en un contexto rural. Tierra abierta con pocas casas, algún pescador y pastos altos para el ganado. Pero el trazado fue resultado de un diseño que requirió la compra de tierras para darle la forma precisa, más allá de las extensas tierras del Estado que habían sido de Rosas.

La tradición era que los pueblos estaban en los lugares altos por razones obvias: por obligación Real primero y por lógica de planificación después. Vista, aire, evitar enfermedades. Fue el único pueblo trazado mitad arriba y mitad debajo de la barranca. Una situación inédita que permite suponer que se destinarían los terrenos de calidad a un estrato social más alto y los otros al más bajo; en efecto, así fue desde los primeros edictos que distribuyeron los solares. Los decretos fundacionales hicieron lotes de tamaño diferente para cada zona, unos gratis y otros pagos, unos a construir en material y los otros sin obligación alguna (Allende, 1958, pp. 2-7). Los nombres, Bajo y Alto, estaban signando el destino. El parque en la barranca y el ferrocarril con la estación remarcaron la separación de las zonas: una de viviendas de jerarquía y la otra de pantanos, una limpia y la otra que recibiría la basura, porque de eso se vivía y porque rellenaba el terreno. Es posible ver en los planos que reproducimos cómo iba creciendo y definiéndose la zona del Bajo; era la apropiación del espacio, el control de los límites, el dominio del territorio (Figuras 3 a 6).

El Bajo Belgrano fue una obra artificial definida bajo el imperio del crecimiento urbano y para abaratar el manejo de los desperdicios urbanos. Era parte de una ciudad que se imaginaba como de progreso infinito, que crecía y en donde la naturaleza era entendida como algo que podía ser controlado, amanzanado en el plano abstracto, en cada plano de los existentes en el siglo XIX. Hoy puede preocuparnos esa historia ante la evidencia de los costos de los fracasos: túneles que hay que agrandar cada día por no haber dejado los arroyos abiertos –que además de mejorar el paisaje hubieran sido más simples de controlar– en una zona limitada por el arroyo Vega de un lado y el Maldonado del otro. Porque imaginar que el territorio podía llegar a ser plano rellenándolo con lo que se descartaba era una utopía muy posible para la imaginación del siglo XIX, un lugar ideal donde no había desagües ni ríos ni inundaciones por acción de la ciencia. Se tardaría mucho en entender que no era así, pero el proceso fue imparabile. Resulta interesante ver que Belgrano fue la excepción de la zona norte: todo Palermo fue rellenado antes por Juan Manuel de Rosas y usado como campo, y así siguió: rellenos y verde. El resto sirvió para obras públicas o más parques, no para vivienda.



Figura 1: El Bajo Belgrano tras la pared que encerraba la villa desde 1950, en foto de 1972. Fuente: colección del autor.

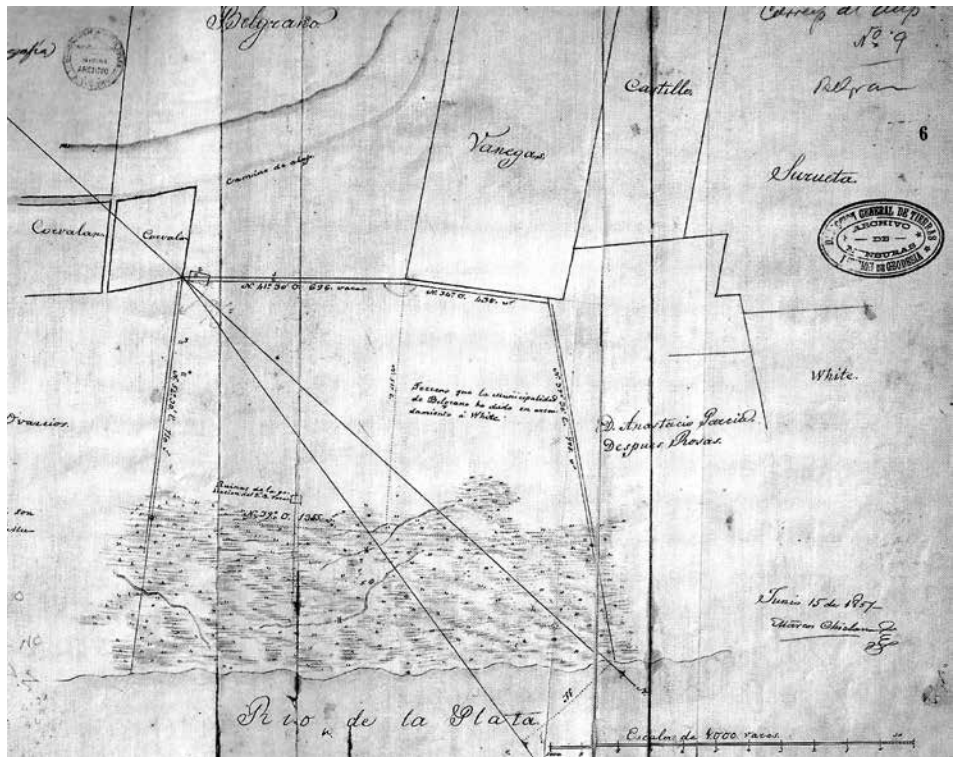
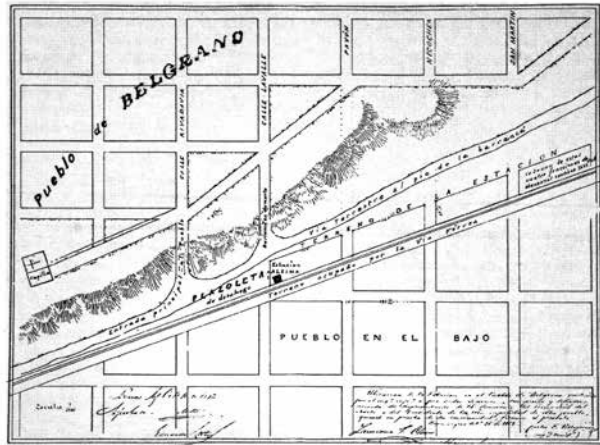
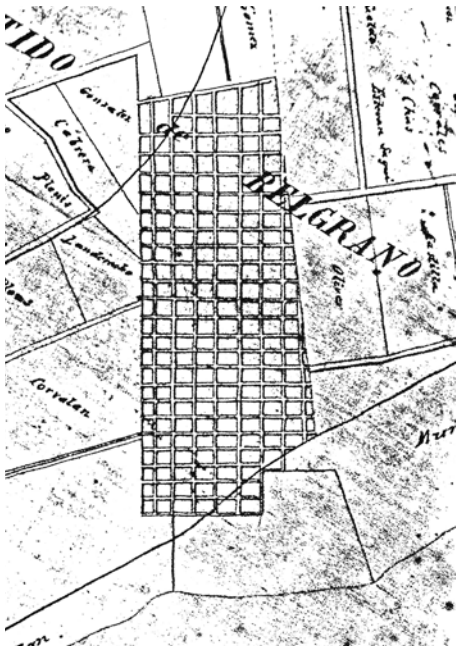


Figura 2: Plano de 1857, de Marcos Chichlana. Belgrano era solo un nombre, lo que existía era la barranca, caminos y bañados. La supuesta no-geografía sobre la que se fundó el pueblo. Fuente: Archivo General de la Nación.



Figuras 3 y 4: Plano fundacional de Salas, de 1855, con Bajo y Alto, la barranca libre. El plano de Pellegrini, de 1862, muestra la realidad de lo que podía ocuparse. Todo aún era imaginación. Fuente: (Allende, 1958).



Figuras 5 y 6: Plano del Departamento Topográfico, de 1867; Belgrano como idealización cuadrícula prolongando el Bajo. Plano de Armando Saint-Yves, de 1887; el Bajo casi despoblado rellenándose de basura, las manzanas se delimitan: se creaba el futuro. Fuente: (Allende, 1958).

Cada extensión de la zona del Bajo Belgrano acarrió problemas en el Alto, ya que, aunque separadas en el imaginario, estaban (y están) unidas por la realidad geomorfológica. Aún hoy se siguen haciendo obras de entubamiento para evitar inundaciones en el alto por los rellenos del Bajo.

Saturnino Salas trazó el plano con una zona alta y otra baja, actitud inédita. Sabemos que un plano es una abstracción, es el querer ser, es un futuro que se estaba moldeando y los fundadores tuvieron clara la diferencia social que implicaba la topografía (Córdoba, 1968, p. 17). En 1880 el crecimiento de la zona alta era continuo. En la parte baja, se mezclaban indicios de un pueblo pobre en ciernes con una naturaleza antropizada pero aún vivible. Aunque era el final de lo natural: diez años más tarde, sería el gigantesco basural que muestran las fotos hasta la década de 1960. Cuando el pueblo pasó a ser barrio, el Bajo seguía siendo tierra marginal, inundable, con junqueros, pescadores, ranchos de paja y pocas casas de madera y lata (Carreras, 1962). Para instalar el club Defensores de Belgrano y su primera cancha de tierra, a una cuadra de la actual avenida Libertador, fueron necesarios años de rellenado en tierras que pudieron usarse solo a partir de 1913. Vicente Quesada decía: “el vecindario de la capital ha experimentado varias revoluciones topográficas” (Quesada, 1998, p. 33) y era una enorme verdad, esta fue una de ellas.

La marginalidad de una zona en relación con la otra la marcaron las acciones urbanas, que generaron cada vez más diferencias en lugar de resolverlas: el adoquinado en el 1900 solo existía en el Alto y en la calle La Pampa para los carros que iban al basural. El basural había comenzado en la bajada de la barranca misma en el siglo XVIII, cruzó la vía cuando se niveló el terreno en 1862, y fue avanzando cuadra a cuadra sin límite hacia el sur. En los planos previos a 1900 se ve que el relleno ya alcanza la calle Miñones, hacia 1930 la zona está loteada y la nivelación llega a la avenida Alcorta, desde donde continuó avanzando.

Los mecanismos de la discriminación urbana eran marcados: el gas de alumbrado comenzó en 1874 para la avenida Cabildo solamente y luego para las calles paralelas. El agua corriente se instaló en 1882 también para el Alto. El Bajo tenía la cañería y el canal por el que entraba el agua, pero no tuvo la opción de acceder a ella. Aunque agua sucia no faltaba: “allí iban a desembocar las corrientes de agua que con las lluvias bajaban desde la Chacarita, atravesando las calles de Belgrano como si fueran verdaderos ríos” (Córdoba, 1968, p. 38). Las *Memorias Municipales* (1912, p.197) insistían en que la calle Blanco Encalada (por donde pasaba el arroyo Vega) era un problema porque cuanto más se construía y rellenaba el Bajo, más se inundaba el Alto; la topografía jugaba al revés de lo esperado. Era una zona en la que con las crecidas entraba el agua del río desde un extremo y la de lluvia bajaba desde el pueblo. La antropización de los terrenos bajos destruyó la flora tipo bosque subtropical de la entrada de los ríos, mientras que la costa recibía sedimento, alargaba la distancia y creaba más barro. El proceso, similar a lo que sucedió con el arroyo Maldonado que mostramos en las fotografías, llevo a que para 1900 solo había algún árbol y de los viejos pajonales nada quedaba (Figuras 7 y 8).

Los ríos o arroyos de llanura resuelven la falta de desnivel creando meandros que modifican su recorrido, es un proceso natural, y si no pueden desaguar, simplemente rebalsan. Que los arroyos inundaran era otra obviedad geográfica. El terraplén del ferrocarril hacia 1900, hoy avenida Lugones, tenía un solo puente para la salida del agua en la calle La Pampa, con los anegamientos previsible. Donde hoy se ubica el estadio de fútbol de River había una laguna que compensaba la sobrecarga de agua. Al desaparecer esta, el arroyo

tuvo que enviar el agua hacia otras zonas. Las obras alteraban un proceso natural creyendo que lo resolverían mejor: impedir que el agua subiera y bajara sola, acortar y no alargar las salidas de los arroyos, cortar con terraplenes el escurrimiento, cambiar desniveles: el relleno de la zona fue el origen de problemas que aún producen costos millonarios. La legislación colonial que impedía construir en el Bajo de la ciudad por ser terrenos realengos y los grandes rellenos que hizo Juan Manuel de Rosas en Palermo debieron haber sido ejemplos de que no era factible construir en el Bajo sin mejorar los terrenos antes, en lugar de después (Figura 9). ¿Por qué se obviaron las experiencias precedentes? Imposible hacer historia contrafáctica, pero volvemos a las hipótesis iniciales: era un mecanismo de bajo costo para destinar el descarte urbano.

Entubar los arroyos parecía la solución a los problemas, pero en realidad los colocaba en otro lugar donde se suponía que se podía controlar la naturaleza (Brailovski, 2012). Mientras tanto, la única posibilidad era cavar zanjas más amplias para mantener el cauce de los arroyos. Hacia 1890 comenzaron esos trabajos, que resultaron una operación imposible. La inundación de 1912 llevó a la canalización bajo tierra, que se hizo en la década de 1930, duró diez años en obras y continúa ensanchándose en la actualidad.

El proceso de relleno y desecamiento fue aumentando, incluso ante la comprobación de su ineficacia como solución urbana. En la medida en que Belgrano se fue densificando, aumentó el descarte de escombros y de desechos domiciliarios, hecho que permitió generar más tierra ocupable e impulsar la ocupación de la zona baja. De esa manera, al Bajo iban los escombros, la basura orgánica e inorgánica, todo el descarte y lo que los mismos pobladores que allí vivían dejaban. Y en un círculo interminable aumentaba la ocupación, se alejaba la costa y los arroyos inundaban cada día más tierras por la falta de desnivel.

Hacia 1900 el descarte promedio de toda la ciudad estaba cerca de un kilogramo diario por persona (Municipalidad, 1910, pp. 324-326). Cinco años después, en Buenos Aires había más de un millón de habitantes e igual cantidad de kilos de desperdicios. Un dato ayuda a entender la magnitud del problema: en 1908 se impusieron los incineradores en las grandes fábricas, que permitieron reducir el volumen de lo descartado (Municipalidad, 1910, p. 287). El resultado fue la generación de cenizas y la llamada "escoria". De todas maneras, en ese año fueron transportados a la quema oficial (sin Belgrano ni otras localidades aún no incluidas) 254 millones de kilos de basura en 120.000 viajes de carros, más 17.000 viajes desde los mercados. Los mataderos eran un tema aparte, ya que generaban por sí solos enormes cantidades de desperdicios entre huesos, grasa y carne putrefacta. Resulta interesante para probar nuestra hipótesis de que la zona fue hecha para descarte y no para rellenos, el hecho de que la escoria, la tierra del barrio o la ceniza de los hornos no fueron enviadas allí. Con ello, en un año se hubiese terminado el tema tras rellenar toda la zona.

Los basurales comenzaron a traer nuevos problemas hacia el final del siglo XIX, entre ellos los recolectores informales. El tema era preexistente, aunque ni siquiera era considerado grave por el Cabildo. Coincide el nacimiento del pueblo de Belgrano con la época en que comienza a pensarse la manera de abandonar los pozos privados o el arrojito a la calle para reemplazarlos por un sistema moderno de recolección puerta por puerta. Y como ciudad nueva, para darle hábitat a un nuevo grupo social en crecimiento, por otro lado, resultaba excelente tener terrenos bajos a un lado donde arrojar lo que la sociedad descartaba, y al mismo tiempo rellenar y generar un límite físico con el río. La Capital establecería el descarte en el oeste el mismo año en que se fundó Belgrano, sea o no casualidad.



Figura 7: La primera naturaleza en la entrada del Maldonado. Restos del antiguo bosque subtropical costero. Fuente: Del Pino, 1971, p. 62.



Figura 8: El Maldonado en 1895. Terreno irregular y tosca desnudada por el arrastre del agua. Una nueva naturaleza, la tercera, se había impuesto en pocos años. Fuente: Archivo General de la Nación.



Figura 9: Plano de Bianchi, de 1882. Muestra la modesta realidad construida en el Alto y un Bajo que se desvanece en el margen (a la derecha). Fuente: Archivo General de la Nación.



Figura 10: Construcciones precarias sobre el arroyo Vega hacia 1920. Fuente: Archivo General de la Nación.

El Bajo Belgrano se creó como borde urbano, urbanizado entre parques y establecimientos públicos sin casas, como el hipódromo antiguo, las Obras Sanitarias y luego el club River, el Tiro Federal hacia el norte y el ferrocarril. Fue en este sentido un caso único porque el resto de la costa norte de la ciudad no se urbanizó para vivienda. Fue la construcción de un proyecto urbano, un límite por construirse. Para la arquitectura, el Alto también fue una manera de generar un hábitat en donde las casas, aunque repitieran el modelo de la gran ciudad, ya no se pensaban para alojar esclavos, sino solo para el trabajo de la servidumbre: espacios para un nuevo sector social. El Bajo en cambio desarrolló, como otras zonas de su tiempo, ranchos de chapa y madera, conventillos que empezaban a ser llamados con ese nombre, que si bien en la cartografía parecían ubicarse en lotes de diversas formas, en manzanas que apenas definían sus límites en la tierra, componían en la realidad una enorme “villa miseria” que llegó hasta la década de 1970 (Figura 10).

La selección, quema y descarte de basura en bordes urbanos

No todo va a la basura. La sociedad hace un descarte discriminado conservando lo que considera digno de ser preservado, lo que tiene valor económico, los libros y otras cosas. Esa, la doméstica, es la primera selección. Se descarta lo que se quiere descartar, a lo que se suma lo que se pierde y lo que se intenta hacer desaparecer de la vista. Una segunda etapa es la del reciclado: valga que botellas y frascos eran vueltos a usar. Es posible incluir el descarte de ropa con posibilidades de seguir en uso, cosa común con la de los fallecidos. En la recova de Plaza de Mayo existían locales para su venta, hecho que generaba problemas de transmisión de enfermedades (González Fasani, 2015). Otro nivel está dado por la selección externa al hogar, tan simple como dejar una botella para que la junte un tercero (Paiva, 2008). Pueden ser cosas para un reciclado posterior u objetos maltratados, como juguetes, bidones, mobiliario roto, que van a parar a usuarios de menos recursos. Esto existió desde que hubo recolección domiciliaria. Antes todo iba al pozo del fondo o a la chimenea. El cambio en la forma de descarte creó un nuevo trabajo y el sistema de reciclado. Los basurales fueron creados tras el final del sistema de pozos domésticos. Se trató de un proceso lento que llevó una generación. Se inició en 1860 y duró hasta 1890, cuando fueron prohibidos.

Cuando se fundó Belgrano, las casas tenían pozos para la basura o la tiraban en la calle o en los baldíos. Desde 1880/1885, lo descartado se colocaba en “tachos de basura”, que en carros o chatas iban al lugar de descarte por la empedrada calle La Pampa. Allí podía tener tres destinos: se quemaba, se amontonaba –lo que permitía una selección–, o iba al relleno. Si era quemado, se generaban cenizas y escoria. Cuando los problemas de acumulación avanzaron, los hornos mostraron que no eran eficientes ni existían en la cantidad necesaria.

Además de la basura, había en la ciudad mucha tierra generada por el barrido de las calles, el terraplenamiento y la nivelación. La *Memoria de la Municipalidad de la Ciudad de 1889* relata: “Se han nivelado 1859 cuadradas, más una extensión de 15.070 metros lineales (...) durante el último trimestre de 1889 a causa de necesidades por cambios de niveles, para afirmar varias partes, (...) y se han desmontado y terraplenado 2.522 metros cúbicos” (Municipalidad, 1909, pp. 9-11).

En Belgrano, en 1865, solo el 34 % de las casas estaban en el Bajo, y 102 eran “de paja” (nunca hubo ninguna de estas en el Alto). En esa zona, hacia 1887 ya había 1267 casas de material y 188 de madera o mixtas (Mayocchi, com. pers., 2012). La construcción en ambas zonas generó una cantidad de escombros que debía tener destino. Es decir, el relleno del Bajo estaba asegurado.

Queremos destacar un caso de reciclado: la nafta y el kerosén se vendían en recipientes de lata que podían ser desplegados para darles otro uso, más baratos que las chapas acanaladas de zinc inventadas hacia 1855. Por eso, las casas de muy bajos recursos tendían a hacerse con esas latas (Figura 11).

Sabemos poco sobre cómo se vivía en el Bajo Belgrano en el primer hábitat. Si tenemos que buscar un paralelo, el Barrio de las Ranas es nuestra mejor opción. Se inició a partir de la década de 1860/1870, cuando comenzó a arrojarse la basura en la zona oeste de la ciudad a la altura del puente Alsina. Fue el resultado del desarrollo de la infraestructura urbana para la que iba a ser la nueva Capital Federal, y de la inocencia de una ingeniería urbana que al parecer creyó que los problemas se resolvían dejando de hacerlos visibles (Brailovski, 2012). Se mandó todo a un único lugar alejado del centro, al igual que se entubaron los ríos en Belgrano: se desplazaron y a la vez se pospusieron los problemas. Por encima de esa acumulación, surgió un barrio que fue destruido hacia 1915, cuando comenzó la nivelación de la zona para ampliar la ciudad. Allí vivía “la escoria de la sociedad”, en palabras de García Velloso, en 1908. Era parte del arrabal de Carriego y Borges (Caride, 1998), del lumpenaje del lunfardo, “seres degenerados, estigmatizados por todas las lacras orgánicas: verdaderas larvas humanas que se desarrollan en un ambiente de horrores y miseria” (Lavalle, 1907). La militante Gabriela Laperriere de Coni encontraba que la causa eran las “municipalidades imprevisoras” (Coni, 1902). Fue la primera en proponer que era un problema social, resultado de decisiones tomadas por la política.

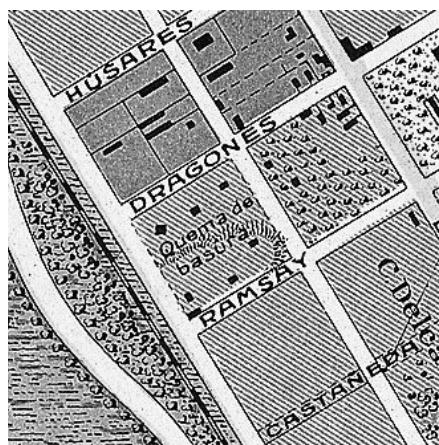
El vaciadero en Belgrano fue un proyecto urbano para evitar acudir a los vertederos más alejados. La quema organizada es un tema confuso, ya que se realizaba de manera legal e ilegal; a su vez, existieron ensayos fallidos de sistemas de incineración promovidos por el municipio, al tiempo que los funcionarios tendían a exagerar o a anunciar cosas que no eran ciertas. La bibliografía ha sido escueta por esos motivos. Entre 1880 y 1930 se sucedieron cambios constantes de intendentes, por lo que en las memorias anuales se indicaba de la misma forma un proyecto terminado y uno por hacer. Así, la bibliografía no puede determinar exactamente cuántos hornos hubo y en dónde (Prignano, 1998). Se hicieron diversos experimentos, pero en un momento se decidió que todo iría al oeste porteño, salvo el caso de Belgrano (*Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires*, 1912), al menos hasta que se instalaron otros hornos como el de Chacarita, que igualmente terminó cerrado. Apenas existen referencias escritas referidas a la quema al aire libre de la calle La Pampa, tan significativa para los rellenos del Bajo hasta 1920. Hacia 1912 hay datos de la existencia de otros sitios temporarios de quema en Echeverría y Figueroa Alcorta, en las manzanas de Libertador, Pedraza, Once de Septiembre y Guayrá, y en Crisólogo Larralde y la orilla del Río (Paiva, 2008) (Figuras 12 a 14).



Figura 11: Casa de chapas, latas y paja en el Bajo Belgrano. Fuente: Archivo General de la Nación.



Figura 12: Quema de basura al aire libre en 1908. Las parrillas se sostienen sobre baldes de hierro. Atrás, objetos de metal esperan su selección (es posible que se trate del Bajo Belgrano). Fuente: Archivo General de la Nación.



Figuras 13 y 14: Sector del *Plano de Buenos Aires de 1916* con la "Quema de basura" sobre la calle La Pampa, cerca de los rellenos-basurales aún mostrados como pantanos. Fuente: Archivo General de la Nación.

Las acciones de transformación en el sitio: mito y realidad

El Bajo Belgrano funcionó como la única opción de residencia para el servicio doméstico del pueblo cercano, trabajadores de la construcción, lavadoras a domicilio, pescadores, empleados de Obras Sanitarias y más ampliamente para los que no podían acceder a otra vivienda y necesitaban vivir cerca de sus fuentes de trabajo.

A los terrenos del Bajo llegaban los descartes de dos formas: directa, porque los carros obviaban el quemado; o indirecta, después de incinerados, con una mayoría de escoria y ceniza, pero no siempre exentos de otros objetos. En todos los casos, pudieron existir o no procesos selectivos. A finales de siglo y sin fecha exacta, había gente que separaba una variedad de objetos. Las revistas como *Caras y Caretas* lo mostraban como un nuevo espectáculo deplorable y antihigiénico (Bernárdez, 1899), a la vez que como novedad. Pudimos constatar las actividades de separación en las excavaciones arqueológicas realizadas en 2016/2017. Es posible que esa presencia de gente haya sido fruto de las crisis económicas constantes del siglo XIX, o de la gran inmigración cuya mayoría quedaba en la ciudad sin posibilidad de trabajo, o de la proletarización del campesinado durante la Generación de 1880, entre otros motivos. Sí se sabe que entre 1880-1890 los basurales acumulaban la suficiente cantidad de objetos como para que hasta niños trabajaran allí.

La arqueología muestra que la selección era arbitraria, asistemática y poco intensa: había quienes juntaban huesos, los que separaban objetos o comida, metal, papel, madera o trapos, “el sínfin de los buscadores de menudencias (...), en procura de los desperdicios que constituyen la base de su comercio” (Municipalidad, 1910, p. 289). Pero se ha podido observar que al menos buena parte se amontonaba y quedaba allí, abandonada o ni siquiera separada, que nadie siquiera juntaba, porque allí sigue estando, y de allí la potencialidad de la zona para la arqueología.

Una descripción detallada de 1899 en *Caras y caretas* nos dice que en La quema la separación era a cuenta de un concesionario y tenía dos etapas: una gruesa e inicial, con selección de latas, botellas, telas, animales muertos y lo de cierto tamaño; y luego una segunda fase más detallada (Bernárdez, 1899). El articulista hace notar, asimismo, lo bien que se alimentaban los operarios a cargo de la tarea. Presenta en conjunto una suerte de construcción intelectual de la actividad en el basural como prolija, sistematizada –moderna, al fin y al cabo. Tal construcción preservaba una mirada positivista que pensaba el mundo de manera ordenada y se horrorizaba ante una situación de la que tomaba conciencia: que la sociedad de consumo tenía efectos no esperados. Es muy probable, por cierto, que esos dichos fueran un embellecimiento. Se sabe que las condiciones de salubridad eran malas y uno puede imaginar los olores y lo antihigiénico del lugar. Además, si la separación hubiera sido tal como la describen, no se encontrarían en las zonas excavadas botellas, frascos, metales de todo tipo y hasta algún objeto de plata, como ha sucedido en el trabajo arqueológico (Schávelzon, 2017).

Resulta interesante ver que en los rellenos antiguos, es decir basurales compactados, se arrojaba todo, putrefactible o no. Y si bien debieron ser altamente antihigiénicos, eventualmente dejaron de serlo, y hoy vivimos en una ciudad por encima de esos rellenos que nivelaron Buenos Aires. Pero en los basurales más modernos, la situación no da los mismos resultados, pese a mejores tecnologías. Incluso se ha demostrado que la putrefacción ni siquiera se produce de forma completa en los grandes rellenos en los países más desarro-

llados (Rathje y Cullen, 2001). El Bajo Belgrano es así una zona potencial de investigación arqueológica sobre estos procesos, ya que se ha mantenido en un área enorme, desde Dragones hacia el Río de la Plata, intacta desde su inicio en cada época. Lo que la arqueología aporta al observar los objetos y su contexto es que el relleno fue muy lento, con mucha agua que escurría por la superficie. También que actuaron diversos procesos de alteración (desde fuego y humanos hasta perros y ratas) y, al parecer, la compactación terminó siendo eficiente, no ahora, sino en los viejos tiempos. No sabemos mucho acerca de cómo se hicieron otros grandes rellenos: la Alameda, atrás de la Casa de Gobierno, o alrededor de la demolición de la Aduana de Taylor, donde el relleno fue tan grande que se construyó un ferrocarril para trasladar los materiales. Lo ganado al río en Puerto Madero en 1902 y 1903 fue más de un millón de metros cúbicos en dos años.

La Reserva Ecológica fue hecha sobre la base de un diseño de descarte en forma de arcos que dejaba agua encerrada, que se suponía tendería a evaporarse y que produciría un relleno natural, pero no funcionó de esa forma. Cincuenta años antes, se construyó solo el futuro borde de hormigón del Aeroparque en el agua. Adentro se relleno con limo sedimentado del río, y el proceso fue rápido y de bajo costo. Lo que vemos hoy es el resultado de acciones cruzadas en tiempo y espacio, resueltas de manera diversa a lo largo del tiempo. Construir los bordes de la ciudad muestra muchas experiencias diferentes jamás procesadas o bien comprendidas.

Conclusiones

Belgrano fue creado como una unidad, con una parte alta y otra baja, con un propósito: que sirviera para albergar dos hábitats de diferentes grupos sociales y que a la vez tuviera una zona de depósito de descartes. Luego, el imaginario y la historiografía fueron separando las zonas, justificando la división social, estética y de uso del suelo hasta la década de 1970, cuando las últimas viviendas modestas tuvieron que irse. Los terrenos largamente rellenos pasaron a ser excavados para hacer nuevas torres, y la basura antigua fue a relleno otros lugares. Pese a eso, "los lugares tienen memoria", frase con la que abrimos el texto, y la zona aún permite que sea excavada por la arqueología y estudiada.

Belgrano fue una concreción inusitada en la historia urbana porteña, ningún otro barrio fue planificado de esa manera ni tuvo los problemas que generó su propia historia. Como ahora sabemos, con la geomorfología no se juega: efectivamente, los rellenos del Bajo dificultaron el escurrimiento del agua y generaron inundaciones en el Alto, algo que nadie había previsto. Hacerle bordes artificiales a una ciudad tiene muchos costos, solo con inversiones millonarias en obras de contención y desagüe se lograron resolver los perdurables efectos de aquellas que pudieron haber parecido decisiones menores en su momento.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Allende, A. (1958). *Los orígenes del pueblo de Belgrano (1855-1862)*. Buenos Aires, Argentina: Archivo Histórico de la Provincia, La Plata.
- Bernárdez, M. (1899). La quema de basuras. *Caras y caretas*, 16, (21 de enero), s/p.
- Braudillard, J. (1969). *El sistema de los objetos*. D.F., México: Siglo XXI.
- Brailovski, Antonio (2012). *Historia ecológica de la ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires, Argentina: Kaicrón.
- Caride, H. (1998). *Visiones de suburbio. Utopía y realidad en los alrededores de Buenos Aires durante el siglo XIX y principios del siglo XX*, Documentos de Trabajo. Buenos Aires, Argentina: Universidad de General Sarmiento.
- Castagnino, R. (1985). *Enrique García Velloso y En el barrio de Las Ranas*. Buenos Aires, Argentina: Instituto de Literatura Argentina R. Rojas.
- Comisión Directiva de las Aguas Corrientes de Belgrano (1882). *Informe al Gobierno de la Provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires, Argentina: Imprenta y litografía de Biedma.
- Conforte, M. (1930). *Belgrano anecdótico, recuerdos de Belgrano*. Buenos Aires, Argentina: Talleres Gráficos Argentinos.
- Coni, G. de. (7 y 8 de febrero de 1902). El Barrio de las Ranas y La quema de basuras. *La Prensa*, pp. 12
- Córdoba, A. O. (1968). El barrio de Belgrano, *Cuadernos de Buenos Aires*, XXVII.
- Del Pino, D. (1971). Historia y leyenda del arroyo Maldonado, *Cuadernos de Buenos Aires*, XXXVII.
- García Velloso, E. (1985). En el barrio de las ranas (1910). En R. Castagnino y E. García Velloso *En el barrio de Las Ranas*. (pp. 62-91). Buenos Aires, Argentina: Instituto de Literatura Argentina R. Rojas.
- Giusti, Roberto F. (1965). *Visto y vivido*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Losada.
- González Fasani, A. (2015). La higiene en Buenos Aires del siglo XVIII, *Librosdelacorte.es*, 11, pp. 8-26.
- Guillermo, S. (2004). El proceso de descarte de basura y los contextos de deposición presentes en la ciudad de Buenos Aires, *Intersecciones en antropología*, 5, pp. 19-28. Recuperado de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1850373X2004000100002&lng=es&tlng=es
- Inigo Carrera, H. (1962). *Belgrano, pueblo, ciudad y barrio*. Buenos Aires, Argentina: Centro de Estudios Históricos del Pueblo de Belgrano.
- Mayocchi, E. M. (1998). *Belgrano. 1855, del pueblo al barrio, 1998*. Buenos Aires, Argentina: Junta de Estudios Históricos del Pueblo de Belgrano.
- Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires (1901). *Memoria de la Municipalidad de la Ciudad (años 1898-1901)*.
- ----- (1909) *Memoria de la Municipalidad de la Ciudad, II, (año 1909)*.
- Paiva, V. (2008a). El manejo formal e informal de los residuos sólidos urbanos de la ciudad de Buenos Aires entre los siglos XIX y XX, *Área*, 14, pp. 91-101.
- ----- (2008b). Aproximación a la historia del cirujero en la ciudad de Buenos Aires, *Critica*, 161, pp. 1-18. Recuperado de <http://www.iaa.fadu.uba.ar/publicaciones/critica/0161.pdf>
- Prignano, A. (1998). *Crónica de la basura porteña. Del fogón indígena al cinturón ecológico*. Buenos Aires, Argentina: Junta de Estudios Históricos de San José de Flores.
- ----- (2009). *El bajo de Flores. Un barrio de Buenos Aires*. Buenos Aires, Argentina: Junta de Estudios Históricos de San José de Flores.
- Quesada, V. (1998). *Memorias de un viejo*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Ciudad Argentina.
- Rathje, W. y Cullen M. (2001). *Rubbish! The Archaeology of Garbage*. Tucson, Estados Unidos: University of Arizona Press.
- Schávelzon, D. (2000). *The Historical Archaeology of Buenos Aires. A City at the End of the World*. Nueva York, Estados Unidos: Kluwer/Academic- Plenum Press.
- ----- (2004). *Sacando agua y tirando basura en Buenos Aires (siglos XVI al XIX). Algunas experiencias arqueológicas*. Recuperado de www.iaa.fadu.uba.ar/cau/?p=1834
- ----- (2017). *Arqueología del Bajo Belgrano. Experiencias urbanas en grandes basurales*. Manuscrito en proceso.
- Soria, E. F. (1904). *Digesto de leyes, ordenanzas, acuerdos y decretos de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires, Argentina: Imprenta Europea de M. A. Rosas.
- Wilde, J. A. (1970). *Buenos Aires desde 70 años atrás*. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.

Daniel Schávelzon

Arquitecto por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Doctor en Arquitectura por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Investigador superior del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Fundador y director del Centro de Arqueología Urbana en el Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas "Mario J. Buschiazzo" de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires (CAU-IAA-FADU-UBA).

Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires
Intendente Güiraldes 2160, Ciudad Universitaria, Pabellón III
1428 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

dschavelzon@fibertel.com.ar